

AGUA Y ESPÍRITU

La exégesis de tres textos fundamentales de san Juan, en que se desarrolla la teología del agua y el Espíritu, permite al autor profundizar en la realidad bautismal. Mostrando el misterioso significado teológico de los acontecimientos se patentiza una vez más el carácter sacramental del cuarto evangelio.

L'eau et l'Esprit, Revue Thomiste, 49 (1949) 5-30.

El bautismo se presenta en el cuarto evangelio como una inmersión en el Espíritu Santo, generador de vida sobrenatural. Pero; ¿cómo se nos comunica el Espíritu?

Tres fragmentos de S. Juan (Jn 7,37-38; 19,34; 1 Jn 5,6) independientes en apariencia, cuya oculta conexión intentaremos mostrar, nos iluminarán el interrogante.

Ríos de agua viva manarán de su seno (Jn 7,37-38)

Frase pronunciada por Cristo en la fiesta de los Tabernáculos, semana vivida en tiendas rememorando la epopeya del Exodo; semana, a la vez, de gozosa acción de gracias por los beneficios del año y petición de benevolencia para la próxima cosecha.

El último día de la fiesta, se dedicaba a impetrar del Altísimo las lluvias de la sementera. Y en este contexto espiritual, *el último y gran día de la fiesta*, Cristo anuncia la efusión del agua viva.

En tal clima litúrgico, el agua desempeñaba un papel importante. Uno de los actos culturales consistía en una procesión a la piscina de Siloé a fin de obtener el agua que se derramaría sobre el altar de los sacrificios. En la ceremonia se evocaban los milagros del agua durante el Exodo.

El agua no era sólo un memorial de los beneficios divinos, sino que orientaba al pueblo a las promesas mesiánicas, porque en los profetas el agua es símbolo de la efusión de gracia para los últimos días.

El tema del agua, centro litúrgico de la festividad, introduce con naturalidad al pueblo en las palabras de Cristo, que solemne, *de pie y en alta voz* les dice: "Si alguien tiene sed, venga a mí y beba quien crea en mí, como dice la Escritura: torrentes de agua viva brotarán de su seno" (Jn 7,38). Es, sin duda, capital el comentario que hace san Juan: *esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que, creyeran en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado*".

La ausencia de signos de puntuación en los manuscritos posibilita una doble lectura de las palabras de Cristo: 1.- *Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. Quien crea en mí, como dice la Escritura: torrentes de agua viva brotarán de su seno*. La fuente de las aguas sería, pues, el seno de los creyentes. 2.- *Si alguien tiene sed, venga a mí, y beba quien crea en mí. Como dice la Escritura: torrentes de agua viva brotarán de su seno*. Se puede ver aquí al Mesías como fuente de la efusión del agua viva.

La elección entre ambas lecturas deberá hacerse con criterios de interpretación interna, buscando en el A.T. las palabras de que Cristo se hace eco, y atendiendo también a la tradición.

Hasta ahora se ha buscado con escaso éxito en la Escritura un pasaje en que se diga que los creyentes son fuente de agua viva, que justificaría la posibilidad de la primera lectura. Porque la referencia a Prov 5,15 (Ibebe el agua de tu cisterna, los raudales de tu, pozo"), que guarda cierta análoga verbal y de imagen, no es correcta por tratarse de una invitación a guardar la fidelidad conyugal.

El P. -Dubarle cree encontrarlo en Prov 4,23, en donde se exhorta a guardar las palabras por ser manantial de vida. Pero en realidad el texto no es otra cosa que una invitación a la guarda de la lengua; en el fondo, una regla de conducta de sentido común, citada en desacuerdo con la forma de usar la Escritura empleada por Juan. Además ambos, textos no parecen prestarse, por su menor importancia, a la solemnidad que Cristo da a sus palabras. Porque Cristo habla con voz, potente :cuando exige la fe en Él.

Si aún quedase duda, la explicación del texto evangélico por la que se identifica el agua viva eón el Espíritu acabaría de destruir esta primera interpretación, ya que jamás la Escritura dice que el Espíritu Santo procederá del corazón de los creyentes.

Si aceptamos, en cambio, la segunda lectura de Jn 7,38, la única dificultad consiste en escoger el texto de la escritura a que Cristo se refiere, puesto que son multitud los que aseveran que el Mesías da el Espíritu. Posiblemente se referiría Cristo a varios pasajes, del A.T. que presentan a Moisés haciendo brotar agua de la roca (Ex 17,6; Núm. 20,2-11).

Cristo no haría más que atribuirse el cumplimiento de uno de los grandes *tipos* del Antiguo Testamento, cosa no rara en el cuarto Evangelio. Es verdad que para estas atribuciones usa normalmente la fórmula: *Egó eimí, Yo soy*; pero al emplear un texto de la Escritura debía citarlo literalmente y, por tanto, en tercera persona.

La declaración queda perfectamente centrada en la fiesta de los Tabernáculos con su referencia al milagro del Exodo y su proyección a la venida del Mesías, porque, como vimos, estos eran los motivos culturales de la festividad.

Yo no dudo en parafrasear así la declaración de Cristo: "Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba creyendo en mí. -Quien cree en mí, no tendrá jamás sed (4,14). Porque yo daré el Espíritu a quien se acerque a mí. Y así se cumplirá la Escritura que afirma que ríos de agua viva procederán del Mesías".

Esta interpretación parece obvia y conforme a las manifestaciones del Señor. Sólo una duda de puntuación pudo favorecer la primera lectura. Y no importa que muchos autores -Orígenes, Atanasio, Cirilo de Jerusalén, Eusebio, Basilio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Agustín e Hilario- se inclinen por ella, porque una tradición tiene valor por la fuente de donde nace.

Hugo Rahner muestra que su fuente es Orígenes, que encontraba en las palabras de Cristo una formulación feliz de la doctrina según la cual el perfecto gnóstico, conocedor espiritual de la Escritura, era manantial inagotable de luz y virtud.

Esto se ve en su comentario al Éxodo, en donde exhortando a cumplir las recomendaciones de la Sabiduría: "Bebe el agua de tus fuentes y pozos y que tu fuente te pertenezca en propiedad", anima a los lectores a buscar el agua viva en su propio interior fecundado por la Escritura: "Porque si has recibido el Verbo de Dios, si has recibido de Jesús el agua viva con fidelidad, se abrirá en ti una fuente de agua que mana hasta la vida eterna".

Y en la homilía sobre el libro de los Números, en una alegoría de pozos, manantiales y ríos emplea la cita literal de la Escritura traída por Juan en 7,38 - "De su seno manarán ríos de agua viva"- para expresar la fecundidad del creyente que investiga la Escritura.

La explicación origenista de Juan 7,38 inspira a muchos autores, en oriente y, occidente, que le citan casi a la letra y todos lo refieren al texto mencionado de Prov 5,15. El caso más claro es el de san Ambrosio; lector asiduo de Orígenes, que prácticamente transcribe sus palabras comentando el Salmo 45, y también en su tratado *de Spiritu Sancto*. En ambos contextos afirma que los ríos que fluyen del alma del creyente son el Espíritu Santo.

Esta tradición, que el obispo de Milán acoge, no tiene más valor que la alegoría de la que procede; debemos notar además, que nos alejó de la figura bíblica de la roca.

El simbolismo de la roca aparece, en cambio, en la tradición opuesta, que lee a san Juan conforme a la segunda lectura, y cuyo valor excepcional H. Rahner ha puesto de relieve. Está representada por Hipólito en el más antiguo comentario conocido de la Escritura. "Brota, escribe Hipólito, un río de agua inagotable; se divide en cuatro brazos que riegan toda la tierra. Igual ocurre en la Iglesia: Cristo, que es el río, es anunciado en el mundo entero por el cuádruple evangelio. Riega toda la tierra y santifica a todos los que creen en Él, según la palabra del Profeta: salen ríos de su cuerpo". El *Profeta* es san Juan, así llamado en Asia Menor. Las palabras que se le atribuyen son un fragmento de su propio evangelio. Se habla de ríos, pero se atribuyen a Cristo, no a los creyentes. Fluyen de la humanidad del Salvador, porque ella es la verdadera roca espiritual.

Crece el valor de esta tradición al considerar que Hipólito es discípulo de Ireneo, quien lo es a su vez de Policarpo que enlaza ya con san Juan. Con Ireneo tenemos el testimonio de la Iglesia de Lyon, muy relacionada con las de Asia Menor. Defienden esta interpretación san Justino, Tertuliano y san Cipria no, con lo que vemos que se extiende a Siria, Roma y África, y por Apolinar de Hierápolis sabemos que se aceptaba en Efeso, que se gloriaba de poseer el pensamiento del Evangelista.

Esta interpretación tiene tres ventajas sobre la anterior: 1.º Mayor antigüedad (s. II) 2.º Origen derivado de los discípulos de Juan; 3.º Objetividad, ya que no la postula ninguna teoría, sea alegorizante o de cualquier; otro tipo. Además permite aplicar al texto de Juan la figura de la roca, mencionada en textos muy precisos.

Hugo Rahner ha sentado ya que el agua viva brota de Cristo. Apoyados en ello vemos que la declaración del Señor y el comentario del evangelista se descomponen en estas tres proposiciones: a) Jesús mismo es la fuente de los ríos de agua viva; b) Estos ríos significan el Espíritu prometido para los tiempos mesiánicos; e) El Espíritu se derramará cuando Cristo sea glorificado, lo cual supone los misterios de crucifixión, resurrección y ascensión.

Aunque no sea patente, es muy probable la alusión del texto al bautismo, porque encontramos en él la tríada Agua-Espíritu-Sacrificio, tan característica de los contextos bautismales -bautismo de Cristo. y diálogo con Nicodemo-, pero identificando aquí agua y Espíritu. Esta identificación patentiza que el bautismo de agua no es más que un signo exterior del bautismo invisible: la efusión del Espíritu. La entrada en el agua mostraba claramente la inmersión del catecúmeno en el Espíritu.

Las comentadas palabras de Cristo no se refieren sólo al bautismo, sino a toda la economía del Espíritu, del que los sacramentos no son sino aplicaciones particulares.

La idea clave es que el Espíritu esperad ó para los tiempos mesiánicos saldrá de Cristo, quien deja en secreto la determinación de las circunstancias y razones de su aparición, aunque el Evangelista anticipa en su relato la explicación de lo que entonces todavía era misterio, al decir: "no había aún Espíritu porque Cristo no había sido todavía glorificado".

Parece que Juan se reserva volver sobre este punto.

Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza (Jn 19,34)

A esta reserva parece responder la perícopa de la transfixión (19, 31-37), omitida por los sinópticos. La idea central consiste en narrar que los soldados quiebran las piernas de los condenados para acelerar su muerte. Pero Cristo ya ha expirado. Entonces un soldado le atraviesa el costado y mana *sangre y agua*. El dato es rigurosamente histórico, pero podría ser también simbólico, y precisamente por su simbolismo Juan tiene cuidado en subrayarlo.

Primero muestra a Cristo sacrificado como Cordero Pascual, fechando su muerte el 14 Nisán, día legal de la inmolación de los corderos. La identificación es más que cronológica, porque los soldados, al no quebrarle las piernas, cumplen la prescripción mosaica respecto a la víctima pascual: "Ninguno de sus huesos será quebrantado". Si pensamos que Juan designa a Jesús como Cordero de Dios que quita los pecados del mundo ya desde el inicio de su predicación; nos damos cuenta que, del principio al fin, la vida entera del Salvador cumple con su misión redentora.

Después testifica solemnemente con juramento, porque pone a Cristo como garante, que del costado de Cristo abierto brotaron sangre y agua: "El que le vio, da testimonio; y su testimonio es verdadero. Y El (Cristo) sabe que dice verdad".

Testificar, para Juan, no es sólo constatar un hecho, sino comprometerse a fondo, responsabilizarse de lo que quiere afirmar. Y testifica solemnemente la realidad de la sangre y el agua porque late. en ella una luz misteriosa que desaparecería, si el testimonio no pusiera la misma realidad a plena luz.

La tradición eclesiástica se ha dado cuenta de que el agua del costado se presenta grávida de misterio. San Agustín creyó que simbolizaba los sacramentos. Otros, el bautismo, la eucaristía e incluso la misma Iglesia, formada como nueva Eva del costado de Cristo. Esta última interpretación la acepta también el Concilio de Viena.

Es legítimo deducir estas aplicaciones. Pero la fundamental la indica san Juan claramente al identificar el agua con el Espíritu Santo (7,39). Así se habría visto fácilmente si la interpretación origenista de Jn 7,38 no hubiera desencaminado a los autores. Pero, al creer que los ríos de agua viva, anunciados por Cristo en la fiesta de los Tabernáculos, brotan del seno de los creyentes, el comentario que sigue (7,39) no podía aplicarse a la herida del Salvador, de donde brotan sangre y agua.

En cambio, la interpretación efesina -la llamada por nosotros, al principio, *segunda lectura*- al aplicar las palabras: "de su seno brotarán ríos de agua viva" al Mesías, saca partido de su confrontación con la pericopa de la Transfixión. Se está de acuerdo en que los ríos de agua viva que brotan de Cristo y el agua de la herida son la misma y única realidad: el Espíritu Santo, simbolizado en una imagen verbal o en un hecho real. La identificación es común en Hipólito, Ireneo, Justino, Tertuliano, Cipriano y en los que han visto en la roca de Moisés un tipo de Cristo crucificado.

Juan recordaba la promesa del agua viva. La realidad del Calvario descubría su sentido misterioso. El Espíritu Santo, bajo el símbolo del agua, inundaba el mundo al precio de la inmolación del Cordero: Se siente, pues, responsable ante el mundo de testificar el prodigio.

El es el que vino por el agua y por la sangre, Jesucristo; no en agua sólo, sino en el agua y en la sangre (1 Jn 5,6)

Gracias al testimonio de Juan sabemos que el agua brota con la sangre. Lo repite en la frase que encabeza el epígrafe. Yo relacionaría la venida en agua y sangre con el misterio de la cruz, aunque los autores se inclinen a referir la venida en agua al Bautismo y la venida en sangre al Calvario. La forma griega del texto permite ambas interpretaciones, y una no excluye la otra.

Juan vio en el hecho del agua y sangre del costado un símbolo; por ello pudo comentar en su carta: "Y es el Espíritu el que lo certifica; son tres-los que testifican: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres se reducen a uno solo" (5,6-8). Ciertamente que el testimonio del Espíritu es el prometido por Cristo a la Iglesia, *porque el Espíritu es la Verdad*. Pero Juan subraya que es inseparable este testimonio del agua y la sangre, porque el agua es el Espíritu y no existe sin la sangre. En resumen: 1 Jn 5, 6-8 72 F-M. Braun esclarece la doctrina de Jn 19,34 (Transfixión) y ésta a su vez explica Jn 7,37-39 (Fiesta de los Tabernáculos).

De ahí que se relacione el sacramento del bautismo, unas veces, con el Bautismo de Cristo en el Jordán, como depositario del Espíritu, y otras, con el Salvador crucificado. En la fiesta de los Tabernáculos, Cristo da cuenta implícita de la primera relación mostrándose como fuente de agua viva; nada se dice, en cambio, de la necesidad del sacrificio. Y sin embargo el Cordero debía ser inmolado, y el Siervo de Yahvé debía morir por el pueblo. El condicionamiento oscuro de la efusión del Espíritu al Sacrificio redentor se esclarece cuando el agua brota con la sangre del Corazón de Cristo, iluminando la relación bautismo-Salvador crucificado. Aparece entonces claramente que la muerte en cruz no es mera condición necesaria del bautismo, sino que el mismo Cristo, por su sacrificio, aparece como fuente del Espíritu en el que debemos renacer.

Estaba en lo cierto la *tradición e fesina* -la que llamamos segunda lectura- cuando enlazaba estrechamente estas realidades bíblicas: *el agua de la roca, los ríos de agua viva que brotan del Mesías, el agua del costado, el agua del bautismo.*

Esta íntima relación, explicaría la importancia y frecuencia iconográfica de la roca de Moisés en las catacumbas romanas. Los historiadores interpretan esta figura de acuerdo con el texto paulino: "No quiero que ignoréis que nuestros padres... bebieron idéntica bebida espiritual; bebieron en efecto de una roca espiritual que les acompañaba: y la roca era Cristo". (1 Cor 10,4)

Creemos que esta iconografía está más relacionada con el pensamiento de san Juan. Así la roca golpeada por Moisés sería la figura de *la Crucifixión*, como fuente de gracia.

Para los primeros cristianos la cruz era todavía una escena excesivamente cruel. De ahí que usaran otros símbolos. El símbolo del agua brotando de la roca golpeada pareció el mejor para evocar a Cristo en cruz, convertido en fuente de gracias del Espíritu. Al generalizarse el uso de la cruz, hacia mediados del siglo v, fue desapareciendo la roca como símbolo.

En una vidriera de la Catedral de Bourges, encontramos este símbolo junto con el de la Serpiente de Bronce flanqueando una Crucifixión en la que la Iglesia recoge en un cáliz el agua y sangre del costado.

¿De dónde procede este simbolismo?

Verosíblemente de la *Glosa Ordinaria* de Walafrid Strabon en donde se dice que Cristo crucificado dio el Espíritu como la roca golpeada dio el agua. La semejanza se quiere justificar también por la cita de san Pablo en 1 Cor 10,4. Pero san Pablo dice que la roca es *tipo* de Cristo; no precisamente de Cristo *crucificado*. Sin embargo la semejanza tiene valor porque Strabon enlaza con la más pura tradición efesina y juanea, a través de san Isidoro de Sevilla.

Y san Isidoro recibe a través de Rufino la teología de la roca y el agua viva. El mismo en las *Quaestiones in Exodum* afirma claramente que la roca de Moisés es *tipo* de Cristo crucificado.

Esta tipología permanece hasta el siglo XIII, justificada inexactamente en 1 Cor 10,4, cuando debería haberse vuelto a las palabras de la fiesta de los Tabernáculos (Jn 7,38-39). Sólo ellas relacionan la escena del desierto y la del Calvario. Pero como vimos, la tradición efesina -la segunda lectura- había sucumbido ante la lectura de Orígenes, preocupado por presentar al perfecto conocedor de las Escrituras como fuente de agua viva.

Se sigue, sin embargo, usando la tipología arrancada de su base juanea; y se persiste en encontrar en la herida del costado el origen de los sacramentos perdiéndose de vista que el agua propiamente significaba la efusión del Espíritu.

Conclusiones

La doctrina del agua y el Espíritu confirma, explica y profundiza la revelación del Bautismo aunque su objeto sea más amplio, puesto que se refiere a toda la economía del Espíritu.

Confirmación

San Juan ya había señalado el carácter mesiánico de la nueva economía recordando que el Espíritu descendió sobre Cristo en su bautismo y mostrando que el bautismo es inmersión en el Espíritu.

Este carácter lo corrobora refiriendo la nueva economía bautismal al Antiguo Testamento. Porque por la declaración de la fiesta de los Tabernáculos probablemente Cristo se presenta como roca de Moisés, manantial de, agua viva, y con ello se sitúa: junto a los grandes tipos del Exodo. Este tipo se cumple con la efusión de agua del costado, que alimenta al bautismo cristiano, mostrando con ello la armonía de ambos testamentos y el principio de una economía radicalmente nueva.

Explicación

El agua aparece en Juan como *símbolo* del Espíritu, no sólo asociada a El. Por esto escribe: "Decía esto del Espíritu que debían recibir los que creerían en El".

Esta doctrina del agua y el Espíritu logra, además, fusionar dos nociones que sabíamos debían convenir en Cristo, pero cuya relación se nos escapaba: ser fuente de las aguas, es decir, del Espíritu; y ser víctima, inmolada como Cordero Pascual; o hablando en figuras: debía asumir los tipos de Manantial de la Roca y Serpiente de Bronce. A su luz, sabemos, que precisamente el acto del sacrificio redentor de Cristo produce el desbordamiento del Espíritu: "No había aún Espíritu, por que Jesús no había sido todavía glorificado" (7,39).

Profundización

El costado traspasado de Cristo, por su sacrificio redentor, nos entrega el Espíritu. Cabe preguntar si san Juan nos induce a ahondar más en el origen de tal irrupción. Parece que hay que contestar afirmativamente porque en el diálogo con Nicodemo sobre el tema del bautismo deja presentir una profundización futura. Por esto le decía: "Nadie sube al cielo, sino es el Hijo del hombre que bajó de él" (3,13). Esta profundización aparece en la exhortación a los discípulos después de la Cena, cuando dice varias veces (14,26; 15,26; 16,7; 14,16) que Él enviará al Paráclito de junto al Padre.

Con ello nos hace seguir la huella del Espíritu desde su fuente visible del costado a la invisible del seno del Padre.

Hasta tal punto la declaración de los ríos de agua viva es enriquecida por las palabras de la Cena, que el P. Lagrange piensa que prueba la procedencia del Espíritu del Padre y

del Hijo. Pero sean o no estas las cosas celestiales que anuncia a Nicodemo, lo cierto es que nos invita a buscar el Espíritu en su espiración eterna. El agua del costado de Cristo era la fuente primera del Espíritu que invadía el mundo redimido. Pero san Juan se remontaba a sus fuentes profundas, al misterioso silencio de la vida trinitaria.

Una serie de textos de temas distintos: unos refiriéndose a la teología del Espíritu, otros a la teología del bautismo, nos completan la doctrina bautismal. Espíritu y Bautismo son el mismo don mesiánico predicho por los profetas y ofrecido por el Cordero verdadero. Debemos, pues, participar de este don, sumergiéndonos en el agua y el Espíritu, unidos para darla vida, como en el alba del primer día de la Creación. Además las fuentes de agua viva nos llevan, remontando su curso, del Corazón del Salvador a la fuente inagotable de la vida trinitaria, al mundo de las *cosas celestes*.

Ambos temas, bautismo en el Espíritu y ríos de agua viva, se entrecruzan. Lo cual es propio de san Juan, cuyo pensamiento crece como una planta frondosa y se enriquece con luces convergentes y sucesivas. Nos entrega su riqueza con tal que acudamos a él, comprendiéndolo en su peculiaridad, sin agarrotarlo con nuestros métodos y divisiones.

Esta puntualización inclina a sujetarse al sentido literal, que llamaría *pleno*, en cuanto llega a un cierto grado de penetración. El estudio que hemos desarrollado quizá lo justifica. Partimos de la interpretación de Jn 7,38: "de su seno brotarán ríos de agua viva". A la luz del sentido literal esclarecido por las exigencias del contexto o iluminado por la misma tradición juanea, el texto nos abre una profunda doctrina de gran coherencia que toca al bautismo, don del Espíritu, al sacrificio redentor, a la tipología de la roca.

Si aceptamos en cambio la tradición alegórica de Orígenes: bautismo en el Espíritu, agua que mana de los creyentes, agua y sangre en el costado herido de Cristo, Jesús mismo viniendo por el agua y la sangre son temas que quedan inconexos y empobrecidos.

Con esta comparación no pretendemos zanjar el debate entre los defensores del sentido *literal* y los de los llamados sentidos *espirituales*, porque la base es excesivamente limitada.

En nuestro caso particular, los resultados parecen decisivos, porque la exégesis literal ha mostrado la íntima trabazón de un texto capital y difícil con todo el Evangelio, aunque hemos tenido que abandonar una alegoría, sustentada en la gran tradición de los Padres. Pero en cambio, se nos ha iluminado un sentido típico, armonizado con la tipología del cuarto evangelio y atestiguado por una tradición, si no numerosa, al menos antiquísima.

Así hemos visto en la roca golpeada por Moisés la figura de Cristo crucificado, dando libre curso a los ríos de agua viva para la salud del mundo.

La exégesis literal -pero no superficial- que hemos verificado, nos ha presentado todo el plan de salvación bajo la mirada de Dios: desde la salida de Egipto hasta mostrar a Cristo como Cordero del sacrificio; del sacrificio del Cordero a la efusión del Espíritu; del desbordamiento de los ríos de agua viva (inseparables de la sangre) a la institución

del bautismo cristiano; del bautismo por el agua y el Espíritu al nacimiento para la vida trinitaria. No creemos que otra interpretación nos hubiera proporcionado mayor riqueza.

Tradujo y condensó: JOSÉ M.^a ROCAFIGUERA